

# EL COLOR DEL PERDÓN

MARÍA SURÉ

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legales previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin autorización previa y por escrito del titular del *Copyright*.

Diseño portada: MGV Design.  
Fotografía portada: ©iStock.com/Svetikd

ASIN: B014OJVIK8

© 2015, María Suré.

*Para mi marido, Marce, que me ha acompañado en esta aventura, sufriendola y disfrutándola a mi lado desde el principio. Y para mis dos tesoros, Marce Jr. y Daniela.  
Gracias a todos por vuestra paciencia.*

*Para mi madre y sus recuerdos perdidos que un día compartimos. Espero que los encuentres y los guardes a buen recaudo para siempre, cuando llegue el momento en que también se te olvide cómo despertar.*

## Índice

Una Noticia Inesperada  
Sin Decir Adiós  
Sabor a Vainilla  
Un Gin-Tonic y un Chopard  
La Escarcha Congelará tus Alas  
Un Diamante en Bruto  
Arderéis en el Infierno  
En el Amor y en la Guerra, Todo Vale  
Debajo del Sofá del Desván  
Sigue el Lazo Azul  
Por un Diminuto Punto de Luz  
Un Trono de Hielo  
La Clave está en el Amor  
Petricor  
Un Mensaje Inoportuno  
Rosas de Judas  
Deja a la Vida que Suceda  
Cerrando la Puerta al Pasado  
Epílogo

*“Los obstáculos son esas cosas espantosas que ves cuando apartas los ojos de tu meta”.*

*Henry Ford (1863-1947)*

*Padre de las cadenas de producción y fundador de  
“The Ford Motor Company”*



## CAPÍTULO 1

# Una Noticia Inesperada

*“Hay lugares en el corazón que no descubres hasta que amas a un niño”.*

*Anne Lamott (1954)*

Escritora y novelista estadounidense.

SHELTON, WASHINGTON

*En la actualidad.*

Por fin había llegado el gran día. Ashley cumplía 6 años, toda una señorita. Era una niña rubia preciosa. Sus ojos azules contemplaban a su mamá con un amor más intenso, si cabe, que su color. Había algo especial entre las dos. Una energía capaz de crear un vínculo invisible que sólo ellas podían percibir cuando sus miradas se entrelazaban y se sostenían durante unos instantes. A continuación, y como si alguien activara un resorte, ambas se sonreían. En esos momentos, cualquier palabra sobraba.

—Venga arriba, perezosa. ¡Hoy es tu gran día!

—Sólo un poquito más, mami...

—¿No querrás que venga a despertarte el monstruo de la risa?

Jane comenzó a hacerle cosquillas entre las sábanas mientras gruñía como un monstruo.

—Tengo mucha haaaaaambre. Grrrrr... aún no he desayunado ningún niño hoy. Grrrrr...

—Para, para, mami... —rogó ella entre risas ahogadas—. ¡No puedo más! Ya estoy despierta —afirmó, saltando de la cama como un muelle.

—¿Qué voy a hacer con esta niña tan perezosa? Ya sé, me la voy a comerrrr... ¡a besitos!

Un torrente de besos sonoros recorrió todo el cuerpo de la pequeña mientras ésta se mondaba de risa.

Jane salió con ella en brazos por la puerta de su dormitorio. La barandilla de la escalera bordeaba todo el pasillo de la primera planta. Desde allí se podía observar el salón en la parte inferior y al fondo, a través de los grandes ventanales, el jardín que ya lucía las primeras flores del año. Bajó las escaleras de madera a saltitos que hacían rebotar a la niña y ésta aún reía divertida al llegar a la cocina.

Cuando se casó con Jason y se mudó a Shelton, Jane decidió decorar ella misma la casa. Para la cocina había elegido un estilo moderno combinando el color negro con la madera de roble y el aluminio.

La intensa luz da aquella mañana de primavera penetraba a través de los cristales y, como de costumbre, Jane se quedó embelesada unos instantes contemplando cómo los reflejos del sol en el agua del mar centelleaban a lo lejos. Ella no solía cocinar, aunque de vez en cuando se colocaba el delantal para preparar algún plato sencillo. Le relajaba hacerlo con una buena copa de vino y escuchando música, pero lo hacía en contadas ocasiones. Rachel, la cocinera, se encargaba de preparar todo lo que la familia necesitaba cada día. El desayuno ya estaba listo sobre la barra de madera que salía de



la isla central en forma de U y madre e hija se sentaron en sendos taburetes dispuestas a dar buena cuenta de él.

—Recuerda que antes de empezar a preparar tu fiesta debemos ir a visitar a la abuelita al hospital. Se alegrará mucho de verte, ya verás.

—Mami, ¿la abuelita se va a morir? —preguntó Ashley preocupada.

Jane percibió el tic nervioso del ojo derecho de la niña que se le manifestaba en momentos de tensión. ¿Cómo responder a esa pregunta? Theresa tenía cáncer. Se lo habían diagnosticado hacía un par de años y había respondido bastante bien al tratamiento inicial con quimioterapia. Odiaba que se compadecieran de ella, así que intentaba mantenerlo en secreto. Mucha gente, incluso del círculo de sus amigos íntimos, ignoraba lo que le ocurría y ella prefería que fuera así. Se las arreglaba para encontrar las excusas más creíbles que justificaran las múltiples ausencias que el tratamiento la obligaba a mantener. Cuando salió del hospital, se compró una peluca estupenda con la que consiguió engañar hasta a su propio hijo, Jason. En esos momentos, hacía pocos días que había sufrido una recaída y se encontraba ingresada de nuevo para volver a repetir el tratamiento.

—La abuelita es muy fuerte, no te preocupes cariño, lo superará.

—Sí, pero tiene cáncer y Sandra me ha dicho que la gente que tiene cáncer se muere.

—¿Quién es Sandra? —le preguntó su madre curiosa.

—Es una amiguita del cole. Dice que se va a morir.

—No es verdad, no le hagas caso. No todas las personas que tienen cáncer se mueren. Muchas pueden llegar a curarse por completo —le aseguró con un nudo en el estómago—.

Venga, vamos a desayunar. ¿Quién quiere cereales con chocolate?!

—Yo, yo. Y quiero muchos. ¡Quiero una montaña de cereales!

Mientras Jane conducía por Harstine Bridge Road camino del hospital, pensaba en la fiesta de cumpleaños de Ashley. Nunca lo habían celebrado más allá de una íntima reunión familiar porque ella no se sentía con demasiados ánimos para preparar todo lo que una fiesta implicaría. El problema era que la niña ya había sido invitada a varios cumpleaños en el colegio y llevaba tiempo insistiéndole para poder tener su propio convite cuando cumpliera los seis años. Ante tal persistencia, Jane terminó por ceder y finalmente decidió que ese año, su hija tendría la fiesta de cumpleaños más bonita que estuviera en su mano preparar.

Ashley no tenía la culpa de lo que estaba pasando. No era responsable de cómo habían cambiado sus vidas en los últimos años. Aunque ella no fuese feliz, siempre procuraba que su hija sí lo fuera y mostraba una gran sonrisa incluso cuando la tristeza invadía su corazón. No era fácil y a menudo le atormentaba la sensación de no estar haciéndolo bien, de estar contagiando poco a poco su aflicción a la niña. Por eso llevaba casi un mes preparando la fiesta. Estaba muy ilusionada, al igual que Theresa, que se había implicado ayudando con los preparativos hasta el último momento.

Habían organizado un cumpleaños para hadas y duendes. Las invitaciones rociadas con polvo de hada de varios colores, animaban a los niños a unirse a la fiesta que se celebraría en el *Jardín Mágico del Mundo de Fantasía*. Linternas de papel con forma de lunas y estrellas engalanarían las ramas de los árboles. Los cubiertos y los vasos también estaban

personalizados con flores de colores para agradar a todas las personitas del reino. Incluso la tarta con forma de árbol de fantasía y los regalos para cada participante estaban ya preparados.

Iba a ser un cumpleaños precioso. Jane quería que su *bichito* no lo olvidara nunca. Quería que se sintiese querida y disfrutara como cualquier niño de su edad. Como cualquier niño de su edad con una familia normal. Que, aunque fuese por un solo día, viviese en el mundo de las hadas, donde no se permite la entrada al temor, ni a la tristeza...

—¡Hola, abuelita! ¿Ya te encuentras mejor?

—¡Hola, amor mío! ¡Qué agradable sorpresa! ¡Feliz cumpleaños mi vida! —añadió Theresa, incorporándose para recibir a su nieta que acababa de saltar sobre la cama para darle un fuerte abrazo.

La habitación del hospital era una sala austera sin más decoración que un crucifijo sobre la cama y una televisión frente a ésta. El pálido color de la piel de Theresa hacía juego con el de las paredes. Era bastante deprimente. Jane estaba convencida de que el ambiente era importante para la recuperación de las personas y siempre se preguntaba por qué en los hospitales se empeñaban en empapelar de tristeza los tabiques de cada estancia. Una decoración un poco más alegre, añadiendo un toque de color, por ejemplo, haría mucho más acogedor y agradable el lugar, cargándolo de energía positiva.

—Hola, Theresa. ¿Cómo estás? Tienes mejor aspecto —aseguró Jane, dándole un beso y un cálido abrazo. La peluca color caoba que había elegido en esa ocasión se desplazó ligeramente y ella se apresuró a colocarla en su sitio ruborizándose.

—Estoy mejorando. Si dependiera de mí ya me habría marchado a casa. No soporto estar aquí. Es tan triste y estoy tan sola...

—Supongo que debes quedarte unos días más por precaución.

—Te aseguro que ya no es necesario que esté aquí. Además, odio tener que perderme la fiesta de hadas de esta tarde —se lamentó, pellizcándole la nariz a su nieta—. Ashley cielo —continuó—, prométeme que te lo pasarás de maravilla y que me echarás de menos, aunque sólo sea un poquito.

—Claro que sí, abuela. Yo te guardaré un regalito y el mejor trozo de tarta para ti.

—No te preocupes, lo grabaré todo en vídeo para que no te pierdas ni un detalle. Y claro que te echaremos de menos —aseguró Jane, apretando su mano con fuerza.

—¿Ya le has contado a Jason lo de la fiesta de hoy y todo lo que estás preparando?

—Sabe que vamos a celebrar el cumpleaños en el jardín, pero la verdad es que no le he dado muchos detalles. De todas formas, ya habrá terminado todo cuando vuelva del trabajo.

—¿Sabes que no ha venido a visitarme? —murmuró Theresa con la mirada perdida en algún punto al otro lado de la ventana—. Me llamó por teléfono. Dice que no puede soportar verme así y por eso prefiere no venir. El pobre lo está pasando muy mal. Cuando su padre murió, estuvo deprimido durante mucho tiempo. No era él. Me temo que, con esta maldita enfermedad está reviviendo aquellos días —opinó con sonrisa trémula y los ojos llenos de lágrimas.

—Todo saldrá bien. El próximo cumpleaños de Ashley lo celebraremos todos juntos, ya lo verás —la animó Jane, inclinándose de nuevo sobre la cama para darle un beso de despedida—. Tenemos que irnos, aún nos faltan algunas

cosas por organizar y debemos pasar por la pastelería para recoger la tarta.

—Sí, la tarta de árbol, ¡es súper bonita! —exclamó la niña entusiasmada.

—Lo sé, cariño. Seguro que también está buenísima. ¡Qué envidia me dais!

—Cuídate mucho, Theresa.

—Te quiero, abuela. Cúrate pronto para que puedas volver a jugar conmigo.

—Te lo prometo. Pasadlo muy bien —añadió, lanzándoles besos de despedida con la mano cuando salían de la habitación.

Cuando Jane comenzó a vivir en la gran casa de Shelton, frente a la playa, con casi cinco acres de terreno y rodeada de bosque, el jardín estaba bastante descuidado. Sólo los grandes árboles se conservaron. Después de tantos años, se habían ganado con creces el lugar que ocupaban. Ella misma se encargó de plantar el resto de setos, rosales y demás flores por toda su extensión, hasta que consiguió el efecto que deseaba. Repleto de flores de distintos colores cambió por completo de aspecto.

Jason siempre le decía que con tanto rosal se parecía a la emperatriz Josefina. La verdad es que no sabía muy bien quién era esa señora, pero fuera quien fuese, debían de haberle gustado mucho las rosas.

Le fascinaba la belleza de las plantas y se interesaba por aprender siempre cosas nuevas y curiosas. Sabía, por ejemplo, que las rosas blancas eran las más indicadas para regalar a una persona enferma. Según el lenguaje de colores de las rosas, ese color sugería atención y cariño desinteresado.

Una rosa blanca hubiese sido un buen detalle para Theresa. Le tenía cariño, pero en el fondo de su corazón, Jane no podía evitar reprocharle que nunca hubiera actuado en su favor. Nunca había sido capaz de enfrentarse a su hijo para defenderlas a ella y a la niña. Nunca le plantó cara y, muy al contrario, siempre le defendió aun sabiendo que no tenía razón. Por ese motivo había decidido no llevarle flores aquel día. Ese gesto tan trivial para algunos, significaba mucho para ella. Pero cuando salió del hospital su corazón se había ablandado y se reprochó a sí misma el haber tenido una actitud tan tajante con su suegra.

El primer duende llegó justo cuando Jane acababa de colocar el último farolillo en uno de los árboles con la ayuda de Hanna, la niñera de Ashley. La pequeña, disfrazada con su vestido de Campanilla, corrió eufórica hacia la entrada para recibirle. Cogió de la mano a Gus y ambos corrieron dando saltos hacia el jardín, su mundo mágico. Repitió el mismo ritual con cada hada y duende que acudió a la fiesta. Estaba tan emocionada que no podía parar de reír y saltar. Cada vez que su madre se cruzaba en su camino, ella se le abrazaba a las piernas con un *“Te quiero mucho mami”* y volvía a salir corriendo en busca de una nueva aventura. Jane también estaba feliz. Feliz de verla tan contenta.

El jardín era un borboteo continuo de personitas gritando y corriendo de un lado a otro. Hasta sus vecinos, los Owen, se acercaron para saber cuál podía ser la causa de tal alboroto. A ambos les encantó ver a todos los niños disfrutando de lo lindo.

Joseph era un hombre atractivo de unos cincuenta años que a Jane le recordaba mucho al actor David Duchovny. No podía evitar pensar en ello cada vez que lo saludaba y siempre

lo hacía con una sonrisa tímida, temerosa de que él adivinara sus pensamientos. Su mujer, Michelle, era una mujer elegante que siempre lucía una larga melena rubia muy bien cuidada. No tenían hijos y eran muy cariñosos con Ashley. A Jane le parecían simpáticos, pero procuraba mantener las distancias porque a Jason no le gustaba que los vecinos “*metieran las narices donde no debían*”, como solía decir.

Les ofreció un gran trozo de tarta a cada uno y juntos se unieron a la fiesta, encajando perfectamente en aquel mundo mágico entre el tumulto de voces y risas.

Sólo hubo un pequeño atisbo de calma, que apenas duró unos minutos, cuando Jane y Hanna repartieron los regalos que habían preparado para cada niño.

Finalmente, los participantes y sus padres se fueron retirando hasta que sólo quedaron los Owen. Ashley, agotada, había unido varias sillas y se había quedado dormida tumbada sobre ellas. Demasiada emoción para un solo día.

—Ha sido precioso, Jane —declaró Michelle.

—Pienso lo mismo. Te has esmerado mucho con los detalles. Enhorabuena por el resultado —añadió Joseph.

—Muchas gracias. Me alegro de que os haya gustado. Quería ver feliz a Ashley y creo que lo he conseguido. Mirad que carita tiene...

Todos observaron como Hanna se la llevaba en brazos a la cama, ya dormida y relajada después de su gran día.

—Es preciosa, ¿verdad? —añadió Jane henchida de amor.

—Como su madre —opinó Michelle sonriendo.

—Me temo que tenemos que marcharnos. Muchas gracias por la invitación —dijo él.

—De nada. Ya sabéis que siempre sois bien recibidos en nuestra casa.

Jane se ruborizó al pensar que no era del todo cierto lo que acababa de decir y era posible que ellos lo intuyeran. Al menos por su parte decía la verdad.

Había trozos de papel de regalo por doquier. Los vasos y platos de plástico también ocupaban gran parte del jardín entre restos de comida y botellas de refrescos. Cogió una bolsa de basura grande y comenzó a recogerlo todo apresuradamente.

Hanna regresó cuando ya apenas quedaban desperdicios sobre las mesas y el césped. Había terminado su jornada y se despidió hasta el día siguiente.

—Se ha quedado dormida como un angelito —mencionó.

—Después de tanta diversión ha caído rendida. Creo que hoy ha sido uno de los días más felices de su vida.

—Ha quedado todo muy bonito. Todo el mundo lo decía.

—Gracias por haberme ayudado Hanna, si no me hubieses echado una mano, no me habría dado tiempo.

—No hay de qué. Me ha encantado colaborar. ¿Quiere que recojamos todo entre las dos?

—No te preocupes, ya me encargo yo. Márchate ya, que se te ha hecho tarde.

—De acuerdo, señora. Hasta mañana —se despidió, colocándose la mochila a la espalda.

—Hasta mañana —agregó Jane.

Hanna era una chica encantadora. Aunque sólo tenía veintiún años era muy responsable y había congeniado muy bien con Ashley. La observó unos instantes antes de perderla de vista. Parecía una muñequita, con sus rasgos coreanos y su baja estatura. Su verdadero nombre era Hye Lee, pero había optado por utilizar un nombre occidental equivalente por comodidad. La vio desaparecer a través de la puerta del salón y continuó afanándose en recogerlo todo. Estaba descolgando



una de las guirnaldas de un árbol cuando oyó una voz a sus espaldas.

—Parece que habéis montado aquí una gran fiesta sin mí.

Jason observaba el jardín con desagrado y Jane se puso rígida al ver su expresión. Su melena rubia había perdido ya parte de la gomina que la mantenía a raya y caía sobre el lado del rostro en que el cabello no había sido recogido detrás de la oreja. Se había adelantado y a ella no le había dado tiempo a recogerlo todo.

—Ya te comenté que íbamos a celebrar el cumpleaños de Ashley.

Recordaba perfectamente cuándo y cómo se lo había dicho. Buscó el mejor momento para hacerlo y que no le pareciese mal. Había aprendido a tener mucho tacto con él, no quería hacerle enfadar. También recordaba cómo él había asentido desinteresado y le había comunicado que no podría asistir.

Jane se puso de puntillas para darle un beso en la cara, al que él no correspondió. Ni siquiera se inmutó. Se limitó a observarla con sus intensos ojos azules.

—A juzgar por lo que veo, parece que hayas invitado a media ciudad.

—Al final han acudido bastantes niños con sus papás. Ashley no quería dejar a ninguno sin invitación, así que se me ha ido un poco de las manos. Pero ha salido todo muy bien. Todos lo han pasado genial, sobre todo ella. Estaba feliz y muy emocionada.

—¿Dónde está?

—Se ha quedado dormida. Tanta emoción la ha agotado.

—¡Esto es una gran mierda! —exclamó él comenzando a ponerse furioso—. Esta mañana cuando salía de casa para ir a trabajar, no he querido despertarla. He vuelto antes para pasar

un rato con ella y cuando llego a casa, me encuentro con que ya está dormida y además todo el vecindario la ha felicitado antes que yo.

Jason lanzó un paquetito envuelto en papel de regalo sobre una de las mesas. El impacto provocó que varias botellas que Jane había amontonado para tirarlas después cayeran al suelo.

—Lo..., lo siento —tartamudeó ella, recogiendo los cristales del césped—. No sabía que era esa tu intención.

—No lo sabías, ¿verdad? ¿Y tú qué es lo que sabes? ¡No sabes una mierda de nada! Sólo eres una experta irritándome. ¡Ni siquiera eres capaz de ponérmela dura!

Dio media vuelta y entró en la casa. Ella le siguió temerosa para intentar calmarle.

—De verdad que lo siento, Jason —añadió, cada vez más asustada. La experiencia le decía que cuando se ponía así era incontrollable.

—Además, tienes la poca vergüenza de organizar una juerga así, cuando sabes, y todo el mundo sabe —enfaticó estas últimas palabras—, que mi madre está muy enferma en el hospital.

Avanzó a grandes zancadas hasta la cocina derribando una silla que se interpuso en su camino. El tren de su locura se había puesto en marcha y a cada segundo que pasaba aceleraba un poco más.

—Esta mañana hemos estado las dos con tu madre. Está muy bien y me ha dado recuerdos para ti.

Él se giró de repente y a Jane el golpe le llegó sin previo aviso. Un intenso dolor le recorrió la mejilla izquierda hasta la sien. La tomó tan de sorpresa que la hizo trastabillar y perdió el equilibrio cayendo al suelo.

—Pero ¡¿qué coño haces?! —bramó enfurecido—. ¡Ni siquiera te he tocado! ¿Quieres que te haga caer al suelo de verdad?

Jane se levantó como un resorte. No debía enfadarle más. Tenía que intentar frenar aquella locomotora para evitar que, al igual que en otras ocasiones, acabara por descarrilar.

—Lo siento, he tropezado. Soy muy torpe.

—¡Desaparece de mi vista! —gritó, quitándose la corbata y lanzándola al suelo mientras, con la otra mano, abría el frigorífico.

Ella se apresuró a salir de allí para alejarse de él. Comenzó a recoger de nuevo el desorden del jardín, pero la cara le dolía y se le había empezado a hinchar. Tendría que aplicarse un poco de hielo, aunque en ese momento, ni se le pasaba por la cabeza volver a la cocina. Al menos Ashley no lo había visto. Contemplar el dolor en los ojos de su hija cuando presenciaba la ira de su padre era lo que más le dolía, mucho más que el castigo físico. Podía percibir el miedo compartido cuando sus miradas de preocupación e impotencia se cruzaban. La niña sabía que no debía intervenir, Jane le había advertido en muchas ocasiones que no lo hiciera. Tenía que mantenerse al margen, desaparecer. Y así lo hacía. Pero mantenía la mirada fija en la de su madre hasta que la perdía de vista. Como si quisiera demostrarle que estaba con ella. Que, aunque se marchara, no la abandonaba. Que sufrían juntas. ¡Tan pequeña y tan madura al mismo tiempo!

Esta vez no lloró. Sus ojos estaban secos, cansados ya de derramar lágrimas inútiles. Hacía tiempo que ya no lloraba. Quizá ella también se estaba secando por dentro.

Dejó la bolsa de basura en el suelo y caminó hacia la valla que separaba el jardín de la arena de la playa, sujetándose la chaqueta y cruzando los brazos sobre la cintura. De repente

tenía frío. Se sentó en una repisa de madera construida bajo uno de los árboles y contempló las impresionantes vistas de Puget Sound que la naturaleza les regalaba cada día en aquel privilegiado lugar.

Recordó el revuelo que se montó varios días atrás, cuando una ballena gris varó en la playa a pocos metros de la casa. Tras vanos esfuerzos de los expertos por devolverla al mar, finalmente el pobre animal murió allí mismo. Durante los dos días que permaneció en la orilla, multitud de curiosos se acercaron a presenciar aquel macabro espectáculo quebrantando la paz del lugar. Incluso grupos de colegiales hicieron excursiones para contemplar al enorme cetáceo. Posteriormente, una noticia en el Seattle Times explicaba que probablemente había muerto de inanición y mostraba una foto del contenido de su estómago. Habían encontrado botellas, bolsas de plástico y todo tipo de basura en su interior.

Era una lástima cómo el ser humano podía llegar a intervenir de forma tan nefasta en el orden natural. Jane opinaba que algún día la tierra, la naturaleza y el reino animal que poco a poco hemos ido deteriorando, nos pasarían factura. Pensó en cómo las personas no tenemos ningún reparo en destruir toda la belleza que se nos ha ofrecido sin pedir nada a cambio. Y en que sólo nos daremos cuenta de su gran valía cuando se convierta en un recuerdo al que ya no podamos regresar. Como en la vida misma, a menudo valoramos más un buen recuerdo que el momento en el que lo vivimos.

Sacó su *smartphone* para observar la fotografía de sus padres. Era el único recuerdo que tenía de ellos y guardaba el original en papel con esmero. Al principio la llevaba siempre encima, pero decidió digitalizarla para no estropearla.

En la imagen, Casey era su vivo retrato. Ambas compartían la misma mirada de color verde intenso. Su pelo

ligeramente ondulado caía sobre sus mejillas de la misma manera que lo hacía el de Jane. En la foto, que se tomó un par de años después de casarse, su madre debía de tener unos veinticinco años y ella aún no había nacido. Casey sujetaba un precioso ramo de rosas blancas atado con un gran lazo azul. A su lado, un Moses sonriente la miraba enamorado. Estaba muy atractivo con su pelo rubio peinado hacia atrás y aún no lucía la barba que se dejaría años después. Estaban recién casados y parecían felices.

Jane apoyó el móvil en su frente mientras intentaba recordar a un padre del que tenía vagos recuerdos y a una madre que podía llegar a imaginar sutilmente, a través de las historias que él le había contado cuando era pequeña. Ese retrato era su consuelo en momentos de flaqueza. Saber que había sido importante para alguien, que en algún momento de su existencia alguien la había amado, le proporcionaba la fuerza que necesitaba para afrontar la realidad.

«Os necesito tanto» —pensó.

Como solía ocurrirle, unos minutos después aquellos recuerdos le habían colmado de energía positiva. La quietud del agua y el tenue reflejo del sol a punto de ponerse en el horizonte, también le ayudaron a ordenar el cúmulo de emociones que se agolpaban en su interior. Ya recompuesta, se incorporó y volvió a la casa dispuesta a continuar con su vida.

Terminó de recogerlo todo y se dio una larga ducha relajante. Estaba sentada sobre la cama cepillándose el pelo cuando Jason entró en el dormitorio y se arrodilló en el suelo frente a ella, con pesadumbre. Tenía los ojos llenos de lágrimas y su cara reflejaba un gran sufrimiento. Se debatía en una lucha interior entre la vergüenza por lo que había hecho y

la necesidad de ser perdonado. Apenas conseguía mantener su mirada lejos de las manos que retorció nervioso.

—Lo siento mucho —sollozó, cogiendo las manos de Jane—, no sé qué me ha pasado, no pude controlarme. No debí pegarte, estoy muy arrepentido. Es... todo esto que está pasando. Mi madre está enferma y podría morir, en el trabajo no estoy pasando por el mejor momento... Tantas preocupaciones hacen que me transforme en un monstruo —gimió, apoyando la cabeza en el regazo de ella mientras seguía llorando—. No te mereces como te trato. Por favor, perdóname.

Jane colocó las manos sobre su cabeza y lo acarició consolándolo. Las palabras que quería pronunciar enmudecían antes de salir por su boca. Siempre ocurría lo mismo, la misma secuencia en un escenario diferente. Él perdía el control y poco después cuando lograba calmarse, si es que no había bebido, acudía a ella destrozado y arrastrando los despojos de su dignidad. Sufría por lo que había hecho y parecía sincero. Con cada episodio como el que acababa de suceder, ella podía percibir cómo él aumentaba la potencia de su propia espiral de autodestrucción. Con el tiempo, el incremento de la violencia elevaba a su vez el nivel de ansiedad y la frustración posterior por lo sucedido. Por no haber sido capaz de controlar su ira infundada. Estaba envuelto en un círculo vicioso que, como si de un agujero negro se tratase, iba alimentándose de sus arrebatos y creciendo más y más.

Ella siempre terminaba perdonándole. Se entristecía al verle tan desesperado y la certeza de saber que antes no era así, la animaba a pensar que era algo pasajero. Él no sabía encajar bien los problemas y preocupaciones de la vida y los canalizaba a través de la ira y la violencia. Puede que, con un

poco de cariño y comprensión volviese a ser el que era. El hombre que conoció y del que se enamoró. Pero no le resultaba nada fácil olvidar. Estaba dolida.

—Te perdono, cariño. No llores —murmuró, tratando de encontrar la serenidad necesaria para poder hacerlo realmente. Acarició su rubio cabello enmarañado con la mirada perdida en el infinito—. Te perdono.

Pero las palabras que alcanzaron sus oídos sonaron vacías. No lograba impregnarlas de ningún sentimiento. Ya no.

Poco después sonó el teléfono y Jane se incorporó dejando a Jason acurrucado como un niño indefenso sobre la cama.

—¿Diga?

—Buenas noches. Por favor, ¿podría hablar con la señora Blackwell?

—Sí, soy yo.

—Señora Blackwell, soy la sargento Lilliam Stevenson. Pertenezco a la brigada criminal de la policía estatal de Idaho y necesito hablar con usted.

—¿Qué ha ocurrido?

Jane se puso rígida y tuvo que sostener el teléfono con ambas manos para que dejara de temblarle.

—Siento comunicarle que hemos encontrado el cadáver de su padre.

Ella se quedó en silencio, sin saber qué contestar. La inesperada noticia acababa de remover los cimientos de su infancia. La misma infancia que había encerrado en un baúl para tratar de olvidar. Una infancia difícil de dejar atrás...

—Señora Blackwell, ¿se encuentra bien?

—Eh, sí, sí disculpe. Es que no me esperaba para nada esa noticia.

—Lo siento. No puedo decirle mucho más al respecto. Aún hay muchos flecos sueltos que no encajan.

—Pero ¿dónde lo han encontrado?

—Lo descubrieron unos empleados de la carretera que hacían obras en una zona boscosa de Ketchum. Por los indicios que tenemos y la información forense, parece ser que fue asesinado hace unos veinte años, más o menos durante el periodo en que desapareció.

Jane tuvo que sentarse porque las piernas comenzaban a flojearle.

—¿Y se sabe cómo fue? —preguntó y cerró los ojos masajeándolos con la mano libre.

—El cadáver presentaba un fuerte impacto en la cabeza que con toda seguridad le provocó la muerte.

—Pero ¿por qué? Él no tenía ningún enemigo. Era una persona como cualquier otra, con una vida totalmente normal. ¿Quién pudo hacerlo? No entiendo nada. Siempre pensé que seguiría vivo en alguna parte.

—Estoy repasando todos los informes y declaraciones del momento de su desaparición para intentar encontrar alguna pista que nos lleve a su asesino.

—Después de tantos años... Yo tenía doce años. ¿No ha prescrito?

—No. Los asesinatos no tienen un plazo de prescripción en nuestro país. Se ha reabierto el caso. La mantendré informada en lo que me sea posible. Por el momento no se requiere su presencia aquí. No obstante, cuando acabe la investigación, tendrá que hacerse cargo de los restos.

—Por supuesto. Quedo a su disposición para cualquier cosa que necesite.

—Gracias, puede ponerse en contacto conmigo en este mismo número de teléfono a cualquier hora. Buenas noches



—concluyó—. Siento haber tenido que comunicarle tan malas noticias.

—Muchas gracias, sargento. Buenas noches.

Jane colgó el teléfono y permaneció en silencio durante varios minutos sin apenas moverse.

«*Así que... No lo conseguiste*» —pensó.

*«Que nada ni nadie desafíe tu templanza,  
y que una simple sonrisa despeje tu temor.  
Porque la decepción marchita la confianza,  
y llorar a tiempo es reparador».*



## CAPÍTULO 2

# Sin Decir Adiós

*“La única cosa importante en la vida son las huellas de amor que dejamos atrás cuando tenemos que dejar las cosas sin preguntar y decir adiós”.*

Albert Schweitzer (1875-1965)  
*Médico, filósofo, teólogo y músico alemán.  
Premio Nobel de la Paz en 1952.*

KETCHUM, IDAHO  
*Verano de 1994*

Jane jugaba en el jardín de la casa de alquiler de Saddle Road en la que vivía junto a su padre y su hermano Robert. Era una agradable mañana de finales de verano y desde allí podía admirar las preciosas vistas de Bald Mountain antes de que ésta se cubriera con las primeras nevadas del año. Las pistas de esquí serpenteaban a lo largo de toda su ladera como viejas cicatrices esperando el manto helado que cada año les devolvía a la vida. Le encantaba contemplar la montaña durante unos instantes y después cerrar los ojos. El negativo de la silueta y sus heridas permanecía unos segundos en su retina. Entonces respiraba profundamente para disfrutar del olor de la naturaleza. ¡Qué paz y cuánta belleza!

El curso escolar estaba a punto de comenzar y ya no tendría tanto tiempo para jugar y disfrutar de momentos como aquel. Por otra parte, volvería al colegio en bicicleta cada día, como solía hacer desde hacía un par de años. El reencuentro con sus compañeros de clase, después de las largas vacaciones, también le resultaba atractivo. Había pasado el verano con Sherry, su mejor amiga. Ambas eran inseparables y se parecían asombrosamente, aunque Sherry era bastante más corpulenta. Siempre estaban juntas planeando alguna aventura o descubriendo nuevos lugares y supuestos tesoros escondidos. Solían jugar en el pequeño bosque cercano a sus casas donde se perdían durante horas que pasaban volando y siempre les parecían escasas.

Con la ayuda de Robert, el hermano de Jane, construyeron una casa de madera en la copa de un árbol. Consiguieron grandes tableros entre los escombros de una casa antigua, los trasladaron al bosque y en pocos días, una pequeña estructura, aunque suficiente para alojar a varias personas, coronaba un viejo y robusto árbol. El broche final lo ponía una escalerilla elaborada con palos y cuerdas que permitía el ascenso al refugio con la ventaja de poder ser recogida cuando estaban dentro. Sin duda, aquello constituía el entretenimiento más destacado del verano y ambas estaban muy orgullosas de ser las princesas de aquella estupenda fortaleza.

—¡Hola, Jane!

—¡Buenos días, Sherry!

—Hoy es nuestro último día de vacaciones. ¿Vamos a la casa del árbol? Tenemos que disfrutar de la poca libertad que nos queda —opinó Sherry con una mueca y un gesto de resignación que hicieron reír a Jane.

—Claro, voy a coger algo para almorzar y nos vamos.

—¡Por supuesto, mi capitana! —Su semblante se transformó revelando una exagerada seriedad y formalidad que, de nuevo, hizo reír con ganas a ambas amigas.

Moses, el padre de Jane, les preparó una mochila con provisiones para el almuerzo. Tenía unos asuntos que atender y debía ausentarse, así que les advirtió que tuviesen mucho cuidado y no regresaran tarde. Aunque nunca se alejaban mucho y la zona era muy tranquila, él no podía evitar preocuparse. Antes de que se marchara, le dio un gran abrazo a la delgada niña de pelo largo que tanto le recordaba a su mujer. Esa mujer que, tiempo atrás, había colmado su corazón antes de desaparecer repentinamente de su vida. Aún estaba enamorado con locura de ella y la añoraba cada día más. Recordaba claramente su mirada reflejada en los ojos verdes de Jane que habían heredado con asombrosa exactitud las dos minúsculas manchitas que desde el primer día le habían encandilado. Despidió a las dos amigas sonriendo al verlas alejarse dando saltos y cogidas de la mano.

Sherry y Jane pasaron el día explorando los alrededores del bosque y disfrutando de lo lindo, como tantas otras veces aquel verano. Cazaron mariposas que metieron en un bote, construyeron una trampa para bichos y se remojaron los pies en el arroyo. Después de tomarse el pequeño tentempié en la casa del árbol, decidieron que ya era el momento de colocar las cajitas nido que habían estado preparando desde hacía varios meses. Las habían decorado y rellenado con hierba para que resultasen más cómodas.

El padre de Sherry, aficionado a la ornitología, les había contado que en aquella zona habitaba un pajarillo de color azul brillante al que la gente del lugar se refería como azulejo

de las montañas. Tras pasar horas observando los pájaros del bosque, descubrieron que había muchos azulejos por la zona. Las hembras eran bastante menos vistosas que los machos. Tenían la cola y el pecho de color gris, pero no por ello eran menos bonitas. Aquellas aves gustaban de anidar en cavidades o en cajas nido y por ello las dos amigas decidieron construirles toda una ciudad de cómodas viviendas.

—Vamos, fideo. Ya quedan pocas —dijo Sherry.

Siempre la llamaba así. Solía decir que ambas estaban hechas de la misma pasta, aunque Jane era un fideo y ella más bien... un macarrón.

—Yo te sujetaré los pies y tú subes por ese hueco —añadió—. ¿Ves el nido a la derecha, entre esas dos ramas? Ponlo al lado.

—Está muy alto. Tendrás que empujarme mucho.

—A la de tres. Una..., dos... y... ¡tres! —Sherry le dio un fuerte empujón que su amiga aprovechó para alcanzar una de las ramas y encaramarse al árbol—. Muy bien, ahora prepárate para coger una —continuó.

Jane se sujetó con fuerza para no perder el equilibrio y cogió al vuelo la caja que le lanzó su compañera.

—Ha quedado muy bien —observó Jane cuando bajó de un salto del árbol—. Vamos a colocar el resto.

—Sí, tenemos que darnos prisa o se nos va a hacer tarde.

—Seguro que pronto estarán habitadas. Si yo fuera pájaro, no lo dudaría, elegiría esta de color violeta —comentó Jane, seleccionando una de las cajas del montón.

—Serías una buena pájara, fideíto —bromeó Sherry tronchándose de la risa.

—¡No te metas conmigo! —protestó fingiendo enfado y dándole un golpe en el hombro.

En el fondo, a Jane le encantaba el humor de su amiga porque siempre acababa arrancándole una sonrisa y añadía la pizca perfecta de azúcar a su vida.

Continuaron subiendo a los árboles y colgando una a una las cajitas hasta que la última estuvo bien asegurada en el lugar elegido.

—¡Buen trabajo! —exclamó Sherry—. Estos pequeños habitantes del bosque nos estarán muy agradecidos.

—Seguro que sí. Gracias a nosotras, este invierno no se mojarán ni pasarán frío.

—Podríamos volver dentro de un par de semanas para echar un vistazo y dejarles algunas semillas. ¿Qué te parece?

—Claro que sí. Me apunto. Pero ahora deberíamos volver a casa, Sherry. Nos estamos retrasando demasiado.

Regresaron a última hora de la tarde. El tiempo había pasado volando y apenas se habían dado cuenta de que no faltaba mucho para el anochecer. Antes de despedirse, quedaron para acudir juntas al colegio a la mañana siguiente.

Jane entró apresurada por la puerta de su casa. Estaba preocupada temiendo que su padre se enfadase con ella por llegar tarde.

—Hola, ¿hay alguien en casa? —preguntó.

No obtuvo respuesta alguna. Subió los escalones de dos en dos para llegar cuanto antes a su habitación. En pocos instantes se había aseado y cambiado.

—Papá, ¿estás en casa? —insistió, entrando en su despacho y encontrándolo sentado de espaldas a ella, ocupado leyendo unos papeles que descansaban sobre el escritorio.

—Hola, cariño —respondió Moses sin volverse—. Estaba empezando a preocuparme. Sabes que no me gusta que estés hasta tan tarde fuera de casa. Hoy haré la vista gorda porque

sé que era tu último día de vacaciones, pero no quiero que se vuelva a repetir. ¿De acuerdo?

—Lo siento mucho. No nos dimos cuenta de lo tarde que era...

—Está bien, confío en ti. ¿Qué tal lo habéis pasado? — preguntó, alzando la vista de los documentos, pero aún sin girarse hacia su hija.

—¡Ha sido genial! Hemos colocado todas las cajitas que teníamos preparadas, aunque nos ha costado un poco subir a los árboles —aclaró rodeando la silla en la que estaba sentado su padre dispuesta a abrazarlo—. Papá...

Jane se quedó boquiabierta al ver la cara de su padre.

—¿Qué te ha pasado? ¿Te ha pegado alguien? —le preguntó.

Una sombra de preocupación atravesó el rostro de Moses justo entre su ojo hinchado y el labio partido para desaparecer instantes después.

—No ha sido nada, cariño. No te preocupes. He tenido un accidente muy tonto. ¿Recuerdas lo que te digo siempre cuando entras en la bañera para ducharte? —Jane asintió angustiada, acariciando la barba rubia de su padre con sumo cuidado—. Pues deberías recordármelo tú a mí también de vez en cuando —sonrió con gesto resignado—. He resbalado y me he dado un buen golpe.

—¡Madre mía! Deberías ir al médico para que te eche un vistazo.

—Tranquila, ya me he curado yo mismo. En un par de días estaré perfecto. Ven y dame un abrazo que hoy necesito que me cuides y me mimes mucho. —Abrazó con fuerza el delgado cuerpecito de su hija. Ella intuyó que aquel apretón era más intenso y duraba más de lo normal. Se retiró mirándole a los ojos.



—¿De verdad te encuentras bien, papa? No quiero que te pase nada.

—Claro cariño, es sólo que me duele un poco la cabeza. —Volvió a abrazarla con fuerza. A sus espaldas y a salvo de la mirada de su hija, su gesto se transformó en una mueca de angustia—. ¿Cenamos?

—La verdad es que estoy muerta de hambre. Vamos. — Le cogió la mano y tiró de él arrastrándolo fuera del despacho.

Mientras preparaban la cena y Jane colocaba los platos sobre la mesa, ésta se percató de que no había visto a su hermano.

—¿Dónde está Robert? ¿Al final ha salido? Creía que iba a estar en casa hoy...

Moses se sentó frente a ella quitándole los platos de las manos y depositándolos sobre la mesa.

—Cariño..., siéntate, por favor. Vamos a hablar.

—¿Qué pasa? Me estás asustando —murmuró, tomando asiento frente a su padre.

—Esta tarde Robert y yo hemos tenido una fuerte discusión.

—¡Otra vez! —interrumpió Jane—. ¿Ha sido él el que te ha hecho eso en la cara?

—¡No! ¡Claro que no! Sólo hemos discutido. Pero en esta ocasión ha sido muy violento. Nunca lo había visto así. Ha subido a su habitación para recoger sus cosas. Después me ha asegurado que no lo volveríamos a ver jamás y ha salido dando un portazo. Me temo que se ha marchado de casa, y esta vez es probable que no regrese.

Jane subió corriendo las escaleras de madera hasta el dormitorio de Robert. Varios cajones permanecían abiertos y algunos objetos personales yacían esparcidos sobre la cama.

Realmente se había marchado. Siguió recorriendo con la mirada la habitación con la esperanza de encontrar alguna nota o cualquier cosa que explicase su partida porque necesitaba entender los motivos de aquella separación sin causa relevante. Él llevaba tiempo diciendo que quería marcharse de casa, independizarse y vivir su vida. A Jane siempre le había parecido bien esa idea, pero no así, sin ni siquiera un abrazo o un beso de despedida. Se había ido, quizás para siempre y había dejado un hueco en su corazón que la tristeza ya comenzaba a rellenar.

Esa noche se fue a la cama sin cenar. Su estómago estaba sellado y fue incapaz de dar un solo bocado. El hambre atroz que sentía sólo unos minutos antes había desaparecido por completo. No conseguía conciliar el sueño y su mente divagaba constantemente entre las diversas escenas que, hasta entonces, habían formado parte de su vida. Una vida junto a su familia, o lo que quedaba de ella.

Prácticamente no recordaba a su madre. Sabía cómo era por las fotografías que su padre le había enseñado, pero no conservaba ningún recuerdo real de ella. Casey era muy guapa. Delgada, de cabello castaño y liso que solía dejar suelto sobre sus hombros y con grandes ojos verdes como los suyos. No podía decir mucho más acerca de ella, ya que se marchó cuando Jane tenía apenas un año y su hermano Robert once. Se fue y nunca volvieron a tener noticias suyas. Tampoco dejó ninguna nota de despedida, ninguna pista de su paradero. Nada. ¿Qué puede llevar a una madre a abandonar a sus hijos y a su marido de la noche a la mañana? ¿Tal vez los mismos motivos que, varios años después, habían llevado a su propio hijo a seguir sus pasos?

Sonó el timbre y Jane saltó de la cama como impulsada por un resorte.

«¡Robert ha vuelto! ¡No se ha marchado!» —pensó entusiasmada y con lágrimas en los ojos.

Desde la parte superior de las escaleras, pudo observar cómo su padre abría la puerta emocionado.

—Hola, Moses. Perdona que te moleste a estas horas. ¿Podemos hablar?

—Ah... Hola Harry. Claro... lo siento, pensé que eras mi hijo Robert. Pasa por favor. —Abrió la puerta de par en par para permitir la entrada a su vecino.

—Hola, Jane —saludó Harry cuando vio a la niña en lo alto de las escaleras—. Siento haberte despertado.

—¿Le ha ocurrido algo a Robert? —preguntó ella.

—No. No lo sé. Sólo quería hablar con tu padre, pero no es nada importante, no te preocupes.

—De acuerdo, buenas noches —se despidió Jane.

—Buenas noches —respondieron los dos hombres al unísono.

Jane volvió a la cama desilusionada. Fue entonces cuando realmente se dio cuenta de que aquello iba en serio. Su hermano se había marchado de verdad.

Robert era el hijo de soltera que Casey había tenido a los dieciséis años. Por aquella época, ella era una adolescente rebelde que se enamoró perdidamente de Ted O'Connor, un chico pelirrojo de complexión fuerte que todas las mañanas la recogía para ir al instituto. Vivieron una historia de amor pasional, a la vez que turbulenta, propia de los jóvenes de su edad. Y es que, estaban locos el uno por el otro. O eso creían, al menos hasta que ella se quedó embarazada. La relación se hizo añicos muy pronto ya que ambos eran demasiado

inmaduros e inexpertos para el cambio de vida que les esperaba. Ted decidió que no podía soportar una carga tan pesada, tenía un futuro por delante y nada ni nadie iba a echarlo a perder. Dejó a Casey en la estacada y renunció a la paternidad del bebé. De esa manera, ella misma y gracias al apoyo incondicional de su madre, sacó adelante al niño. No fue nada fácil. En un parpadeo la vida hizo que se convirtiera en una mujer responsable, repitiendo así la historia de su propia progenitora, que curiosamente, también había sido madre soltera.

Años después, conoció a Moses, un atractivo y romántico joven rubio de pelo ondulado y ojos claros del que se enamoró enseguida. Fue un amor mucho más adulto y cabal, aunque no por ello menos intenso. Casey y Moses Parton contrajeron matrimonio en 1979, con veintitrés y veintiún años respectivamente. A ella le encantaban las rosas blancas y cada semana su marido, que bebía los vientos por ella, se encargaba de que no faltase un gran ramo de esas flores en su salón. Cuando se casaron, Robert tenía siete años y Moses lo adoptó y cuidó como si fuera su propio hijo. Era un niño pecoso y pelirrojo como su padre. Enclenque y asustadizo, siempre se escondía detrás de las piernas de su madre. Nada que ver con el corpulento y decidido adolescente en el que se transformaría años después. Había vivido hasta entonces sin el calor y la protección de un padre y pronto aceptó a Moses como tal.

Antes de nacer Jane, la familia se mudó a una encantadora casa de madera mucho más espaciosa y muy luminosa gracias a sus grandes ventanales. A través de ellos podía contemplarse el jardín, con docenas de rosas blancas floreciendo en primavera o las montañas arropadas con su manto de nieve en la temporada invernal. Cada día, los sonidos del piano

envolvían sus cuatro paredes cuando Moses practicaba las melodías que después enseñaba a los alumnos de la academia en la que trabajaba. Su vida entera giraba en torno a este instrumento y cada tarde deleitaba a su familia con su destreza. Robert solía sentarse a su lado cuando tocaba. Permanecía muy atento escuchando y observando los finos dedos de Moses deslizándose con delicadeza entre las teclas. Por aquella época, admiraba a su padrastro y le quería. Eran felices en aquel hogar.

Pero todo aquello fue un efímero periodo de felicidad. No duró mucho porque un día, sin más, Casey desapareció. No se llevó ningún objeto personal, aunque después comprobaron que había sacado una importante suma de dinero de su cuenta corriente. Tampoco se despidió de ninguno de sus seres queridos, simplemente se esfumó.

Días después, Moses encontró una nota manuscrita en el bolsillo trasero de uno de los vaqueros de su mujer. Pero no era precisamente una nota de despedida. Las palabras que contenían acabaron de romper su ya resquebrajado corazón.

*Necesito verte. Me estoy volviendo loco.*

*Huyamos juntos donde nadie pueda encontrarnos.*

*Te amo desesperadamente.*

Desesperado, la rompió en pedazos y todo su mundo se desplomó cayendo a sus pies, al igual que aquellos cuatro trozos de papel. Comprendió que su mujer estaba enamorada de otra persona con la que, probablemente había huido. Pero ¿tanto lo amaba como para abandonar a sus propios hijos? Lo cierto era que Casey llevaba tiempo distraída y pensativa. En varias ocasiones él intentó encontrar la causa de sus preocupaciones, pero la respuesta siempre era la misma.

Estaba cansada. No dormía bien por las noches debido a que Jane era un bebé muy inquieto que requería de su atención a menudo. Él la creyó y dejó de inquietarse hasta el mismo momento en que desapareció. Se volvía loco intentando descubrir quién podría ser aquel hombre. Inicialmente pensó que podría tratarse de su primer amor, el padre de Robert. Pero, en ese caso, ¿por qué no se había llevado al niño con ella? ¿Por qué de aquel modo? Si de verdad estaba enamorada de otra persona, podrían haberlo hablado y él..., él la habría dejado ir. La quería demasiado como para negarle esa dicha, aunque fuera a costa de la suya propia.

Algo no encajaba en toda aquella historia, pero la policía archivó el caso ya que, parecía evidente que su marcha había sido voluntaria. No podían hacer mucho más que esperar a que diese alguna señal de vida. Poco después, Moses tuvo un intento fallido de suicidio. Despertó desorientado en el hospital tras varios días en coma y sin recordar lo que había ocurrido. Cuando le explicaron que se había puesto intencionadamente delante de un coche en la autopista y lo habían atropellado, no quiso volver a hablar del tema y cerró ese capítulo de su vida para siempre intentando enterrarlo en el olvido.

Jane creció junto a un padre hundido en la tristeza que, al igual que su hermano, nunca superó aquella pérdida. Desde ese momento, Robert culpó a Moses y nunca quiso entender que ambos sufrían juntos por un mismo motivo. Poco a poco fue apartándose de su padre hasta que, con los años, el rencor y el dolor hicieron que acabase odiándolo. Las peleas y discusiones eran continuas y Jane las vivía casi a diario. No se volvió a escuchar el sonido del piano en la casa de los Parton. No hubo más jarrones con flores frescas en el salón y nadie volvió a cuidar las rosas del jardín.

Moses, con el tiempo se deshizo de todas las pertenencias de su mujer. Simplemente no podía soportar verlas cada día. Sólo conservó una foto en la que Casey sostenía un precioso ramo de rosas blancas adornado con un gran lazo azul. Una foto en la que él mismo, a su lado, la miraba enamorado y henchido de felicidad. Había intentado varias veces, sin éxito, retirarlo de la mesita donde lo observaba cada noche antes de dormir torturándose con el recuerdo de una felicidad perdida. Era el precio que debía pagar por no haber sido capaz de conquistar su corazón y mantenerla a su lado.

Jane se despertó muy pronto al día siguiente. Prácticamente no había dormido y estaba muy cansada, pero aun así se levantó enseguida. Fue a la habitación de Robert con la esperanza de que todo hubiera sido una pesadilla, pero ésta continuaba vacía y desordenada. Cuando entró en la cocina, su padre estaba preparando el desayuno. Se acercó a él y ambos se abrazaron en silencio.

—Tenemos que superar esto, Jane —le susurró él al oído, sujetándola para prolongar el abrazo—. Debes ser fuerte. Saldremos adelante juntos, ya lo verás.

—No va a volver, ¿verdad?

—No lo sé cariño. Parecía muy decidido. Creo que no tiene intención de volver.

—¿Habrá ido en busca de mamá? —preguntó Jane.

—Es posible, aunque lo más probable es que, al menos al principio, haya ido a casa de algún amigo. Supongo que necesita su propio espacio lejos de aquí. Cuando se tranquilice y recapacite un poco espero que vuelva.

—Puede que esté con la abuela.

—No lo creo, pero la llamaré por si acaso.

—Ni siquiera me ha dado un beso de despedida. No me ha dejado ninguna nota, nada...

—No te martirices con eso. Estoy seguro de que lo habría hecho si no hubiese salido de estampida y tan enfurecido. Estaba tan perturbado que casi se marchó con lo puesto. Apenas se llevó unas pocas pertenencias. Aunque anoche me di cuenta de que se ha llevado la foto que tenía en mi mesita...

—¿La de mamá? ¿La foto en la que estáis los dos? —se extrañó Jane.

—Sí, la contemplo cada noche antes de dormir y ayer ya no estaba.

—Querría tener un recuerdo de ella. ¡Qué pena, me encantaba esa fotografía!

—No te preocupes, tengo los negativos. Pero ahora, apúrate o llegarás tarde en tu primer día de colegio. ¿Quieres que te acerque yo?

—No papá, gracias. Iré en bici con Sherry. Salgo en dos minutos. —Engulló su desayuno mientras terminaba de preparar la mochila con los libros aún sin estrenar—. Adiós papá. Nos vemos luego.

—¿Llevas las llaves de casa? Tengo que salir para resolver unos asuntos y puede que aún no haya llegado cuando regreses.

—Claro, lo llevo todo. No te preocupes.

—¡Espera! —Moses sujetó por el brazo a su hija y la atrajo hacia él. La abrazó con tanta fuerza que Jane protestó.

—¡Papá! ¡Déjame algún hueso sano, por favor! —Al mirarle a los ojos, descubrió una tímida lágrima resbalando por su mejilla—. ¿Estás bien?

—Sí, lo estoy. Sólo prométeme una cosa Jane.

—Lo que quieras.



—Prométeme que siempre recordarás que te quiero muchísimo. Eres mi tesoro, lo único que tengo. ¡Te quiero amor! —Le dio un beso en la frente—. Anda, vete ya.

—Yo también te quiero papá. Hasta luego. —Jane subió a su bicicleta y se marchó pedaleando con fuerza. Tenía la sensación de que algo no iba del todo bien y volvió la cabeza varias veces para observar a su padre antes de desaparecer calle arriba. Decidió que, a su regreso del colegio, volvería a hablar tranquilamente con él. Ambos necesitaban digerir con calma la nueva situación en la que se encontraban.

Enseguida vio a Sherry, que la estaba esperando al final de la calle y ambas se dirigieron al colegio. Al mismo tiempo, Moses volvía a entrar en casa muy preocupado. Tenía un duro día por delante.

Para Jane, la jornada paso muy rápidamente entre charlas y presentaciones de niños y profesores nuevos. La escuela era un hervidero de chiquillos recorriendo los pasillos y de profesores intentando organizar el caos inicial. Aunque sus amigos requerían su atención, ella estaba ausente. No podía dejar de pensar en su padre y en su hermano y estaba deseando que terminaran las clases. Al final del día, Sherry la acompañó hasta casa y ambas se despidieron:

—Te veo mañana, fideo.

—Vale. Donde siempre. Y, no te retrases.

—¿Retrasarme yo? ¡Eso nunca! —exclamó con una sonrisa burlona.

—Hasta mañana, petarda —replicó Jane moviendo la cabeza con un gesto teatral de resignación.

Le había contado a su amiga lo sucedido la noche anterior y Sherry se había pasado el día intentando hacerla sonreír. Lo

cierto era que lo había conseguido en muchas ocasiones y Jane se sentía muy afortunada por tener una amiga como ella.

Cuando entró en casa su padre aún no había llegado, pero recordó que tenía que salir y que quizá se retrasaría. ¡Se sentía tan sola! La casa se le antojaba demasiado grande. Deambuló por las habitaciones acariciando las paredes y sintiendo las emociones de otros tiempos en los que allí había sido feliz. Pasó por el cuarto de su hermano y se quedó un rato, con la frente apoyada en el marco de la puerta, observando con melancolía su interior. Después avanzó hasta el dormitorio de su padre. Le resultaba extraño no ver la fotografía de su madre en la mesita de noche, como si a la habitación le hubiesen arrebatado su esencia y ahora parecía demasiado impersonal, demasiado... vacía. Al fin, decidió sentarse en el sofá a esperar. Conectó el televisor y no tardó en quedarse dormida.

Despertó cerca de las tres de la madrugada con un sobresalto y una rara sensación de angustia que le oprimía el estómago.

—¿Papá?! —gritó, subiendo al piso superior a grandes saltos—. Papá. ¿Estás aquí? —insistió.

Pero no obtuvo respuesta. La habitación de matrimonio continuaba vacía. Se dejó caer allí mismo en el suelo con la espalda apoyada en la pared. ¿Qué estaba pasando? No era posible que su padre se retrasara tanto. Si hubiese tenido algún percance que le hiciera demorarse hasta tan tarde, se habría puesto en contacto con ella por teléfono.

Recordó el beso y el abrazo que se habían dado por la mañana. Él lloraba cuando la hizo prometer que siempre recordaría lo mucho que la quería. Sacudió la cabeza para desechar el pensamiento tan doloroso que su subconsciente

acababa de sugerirle. No era posible que estuviese... despidiéndose de ella...

*«No, no, no... No puede desaparecer él también. No, por favor. ¿Por qué? Así no»*

Pero cuanto más trataba de negárselo a sí misma, más peso ganaba esa posibilidad en su cabeza y más se desesperaba. ¿Dónde estaría? Cabía la posibilidad de que hubiese ido en busca de su madre, sabía que su herida nunca cicatrizó y que sin ella no había vuelto a ser el que era. Puede que hubiese encontrado alguna pista nueva o información sobre su paradero. Pero ¿acaso no le hubiese dicho algo antes de marcharse? No podía creer que fuese capaz de abandonarla así. No. Tenía que haber otro motivo. ¿Y si estuviera herido o hubiese sufrido algún accidente? Pero su coche estaba aparcado en la calle... No entendía nada. Por la mañana parecía inquieto, como si intuyera que algo malo le fuese a suceder. No debía haber ido al colegio y dejarle tan preocupado...

No podría explicar cuánto tiempo había permanecido en esa postura, sentada en el suelo y con la mirada perdida. Los primeros rayos de luz que se colaban por la ventana la obligaron a parpadear, recibiendo de golpe y sin compasión, la bofetada de la realidad en plena cara.

Comenzó a llorar sin consuelo. Había conseguido mantener la compostura durante mucho tiempo, probablemente para intentar esquivar la verdad, pero ya no podía más. Lloró hasta que no le quedaron más lágrimas. Entonces, comenzó a dar patadas y a golpear con los puños todo lo que la rodeaba. El ataque de ira hizo que se sintiera mejor durante unos instantes y no se calmó hasta que el dolor de los nudillos fue más fuerte que su frustración. Volvió a

llorar mirándose las manos doloridas. Estaba sola y el miedo recorrió todo su ser desde la punta de los dedos hasta el último pelo de la cabeza. Todo su mundo se estaba desmoronando y ella estaba agazapada bajo los escombros. Se levantó enjugándose las lágrimas y cogió el teléfono para llamar a su abuela.

Kathleen Heller se despertó sobresaltada por el sonido del teléfono a esas tempranas horas de la mañana.

—Dígame. ¿Quién habla?

Jane rompió a llorar y apenas pudo responder con voz temblorosa.

—Abuela, soy yo, Jane —sollozó.

—Cariño, ¿qué ha sucedido? Dime algo, por favor.

—Papá no ha vuelto a casa hoy. Estoy sola —gimoteó.

Kathleen tardó en reaccionar unos instantes, no alcanzaba a entender qué era lo que la niña quería decir.

—¿Cómo que no ha vuelto a casa? ¿Le ha ocurrido algo?

—Se ha marchado. Se ha ido... y Robert también. Estoy sola y tengo mucho miedo. Por favor abuela, ven a recogerme.

En menos de una hora Kate estaba frente a Jane consolándola e intentando proporcionarle una calma que apenas ella misma atinaba a mantener. Después de contarle todo lo sucedido, llamaron a la policía para informar de la desaparición de Moses y la marcha de Robert.

La única pista clara que pudo obtener la policía fue la declaración de su vecino Harry Miller. Éste confirmó que la noche anterior había estado en casa de los Parton. Acudió allí porque había visto merodear alrededor de la casa a un individuo desconocido y quería poner sobre aviso a Moses.

Según su descripción, era un hombre fornido de pelo largo y cobrizo, que estuvo un rato husmeado por las ventanas. También explicó que Moses le había confesado que iba a intentar recuperar a su mujer. Él procuró convencerle para que no hiciese una locura y lo meditase mejor, pero nunca pensó que dejaría atrás a Jane en su aventura.

La policía investigó la pista sobre el extraño pelirrojo que encajaba con la descripción de Ted O'Connor, al cual consiguieron localizar y confesó que, el día antes de la desaparición del padre de Jane, ambos se habían peleado, lo cual explicaba el hecho de las magulladuras que presentaba Moses. Pero O'Connor insistía en que Moses había aparecido de la nada, acusándole de haberle hecho daño a Casey o de incluso haberla asesinado. Confirmó la pelea, pero también aseguró que no le había vuelto a ver desde entonces. Finalmente, no pudieron culparle de nada.

En cuanto a Robert, el último rastro fiable lo situaba en Portland y posteriormente tomando un vuelo hacia Australia.

Kathleen Heller era el único familiar cercano que le quedaba a Jane y sin dudarlo, se hizo cargo de ella. La acogió en su casa con los brazos abiertos y a partir de entonces se dedicó en cuerpo y alma a su nieta. Todos los objetos personales de la familia acabaron en el desván de su nuevo hogar. La casa de Kate era una humilde pero acogedora construcción de madera situada a las afueras de Ketchum, donde abuela y nieta comenzaron una nueva vida juntas. La fotografía de sus padres, que tanto le gustaba a Jane, volvió a ocupar un lugar en su mesita de noche después de rescatar el negativo de entre un montón de documentos.

Con el tiempo, Jane fue dejando atrás el rencor y, en el fondo de su corazón, deseaba que sus padres se hubiesen

encontrado y pudieran continuar su historia de amor en algún lugar. Tal vez algún día, olvidaran lo que quiera que fuese que les alejaba de ella y regresaran para volver a formar una familia. Fantaseaba a menudo con esa posibilidad y siempre se imaginaba abriendo la puerta y lanzándose a sus brazos. Sólo quería su cariño, estaba dispuesta a perdonar y si algún día volvía a tener la oportunidad de disfrutarlo, no lo marchitaría con reproches ni preguntas.

*«Que tu esperanza no sólo sea verde,  
y que mirar atrás no despierte tu hiel.  
Porque el corazón puede fundir la nieve,  
y la nostalgia va curtiendo la piel».*

## CAPÍTULO 3

# Sabor a Vainilla

*“No es amigo quien ríe mi risa, sino quien llora mis lágrimas”.*

José Narosky (1930)  
*Escritor y escribano argentino.*

SHELTON, WASHINGTON  
*En la actualidad.*

Jane se levantó muy temprano para salir a correr. Necesitaba organizar sus pensamientos y el ejercicio al aire libre le proporcionaba la relajación y tranquilidad ideal para encontrarse con ella misma. La noticia le había caído como un jarro de agua helada. El sopetón inesperado la había dejado aturdida y posteriormente fría como el hielo.

Con los años, la idea de que a su padre le había ocurrido algo fue cobrando más peso sobre las demás posibilidades. Finalmente, al no poder encontrar una respuesta satisfactoria, acabó por enterrar ese interrogante en un rincón apartado de sus pensamientos, donde dejara de atormentarla.

Y cuando por fin, con el paso del tiempo, aquella cicatriz se había transformado en un mal recuerdo, la herida volvía a

desgarrarse y la tristeza, de nuevo, sangraba por la zona más sensible: su corazón.

Las incógnitas iniciales acababan de multiplicarse y a su cabeza le costaba procesar con claridad todos los datos. Seguramente lo asesinaron el mismo día en que desapareció. Él sabía que corría peligro y por eso se despidió de ella de aquella forma tan emotiva. Dijo que tenía que atender unos asuntos y que llegaría tarde. ¿Qué era lo que tenía entre manos? ¿Habría descubierto algo sobre el paradero de su madre? ¿La habría encontrado? ¿Y si ella también estaba muerta? En esos momentos en los que su perspectiva había cambiado tan radicalmente, esa posibilidad comenzaba a tener mucho más sentido de lo que le hubiese gustado.

En sus auriculares comenzó a sonar “King of pain” del grupo The Police. Se dejó llevar por sus estrofas como si las hubiesen escrito para ella, para describir el estado de ánimo en que se encontraba:

...

*I have stood here before in the pouring rain.  
With the world turning circles running 'round my brain.  
I guess I always thought you could end this reign.  
But it's my destiny to be the King of pain.  
King of pain.  
King of pain <sup>1</sup>*

...

Así se sentía ella. Era la reina del dolor, pero nadie iba a acabar con ese reinado. Sólo ella podía conseguirlo y estaba dispuesta a lograrlo a cualquier precio.



Aunque su matrimonio con Jason se había convertido en una pesadilla, Ashley le daba fuerzas para continuar. Ni siquiera se había dado cuenta de cuándo había dejado de amar a su marido, cuál había sido el punto de inflexión. Hubo un tiempo que lo hubiera dado todo por él, pero en esos momentos, el único sentimiento que le provocaba era el de lástima y por supuesto, temor. Se sentía muy sola y muy pocas personas conseguían aliviar esa sensación con su compañía. Una de ellas era su amiga Serena, con la que había quedado para tomar algo en poco más de una hora.

Siguió corriendo de vuelta a casa por la orilla de la playa. Nunca se cansaría de la belleza de aquel lugar, con el frondoso bosque a pocos metros de las tranquilas aguas del mar y en perfecta armonía con las increíbles vistas de Puget Sound. Además, el aire fresco que respiraba mientras corría, le sentaba de maravilla.

Paró el cronómetro al llegar a la puerta de su casa: 01:12. Se había entretenido un poco más de la cuenta y tendría que darse prisa si quería llegar a tiempo a la cita con su amiga.

Llegó a la cafetería cinco minutos tarde. Al entrar, enseguida localizó a Serena sentada de espaldas en una de las mesas del fondo. Había sido tan puntual como siempre y ya estaba tomándose un tentempié. Jane se acercó sigilosamente por detrás y tapándole los ojos con las manos le preguntó sonriendo:

—Hola, ¿estás sola?

—Sí, pero sólo para ti preciosa. —Se incorporó y le dio un fuerte abrazo y un beso en la mejilla.

—¿Sólo para mí? ¿No me estarás tirando los tejos? — bromeó Jane mientras se sentaba frente a ella y levantaba la mano para pedir un té.

—¡Qué más quisieras! —respondió burlona su amiga—. No eres mi tipo, ya lo sabes. Que me gusten las mujeres no significa que me vuelvan loca todas.

—Todas no... Casi todas.

—Bueno, debo reconocer que estás muy buena. Tienes un tipazo de escándalo y ese culito perfecto...

—¡Vale! Para ya que te emocionas —la interrumpió Jane ruborizándose.

Serena comenzó a reír a carcajadas.

—¡Te has puesto colorada! Eso es lo que me encanta de ti. No te preocupes, sabes que te quiero demasiado como para estropearlo. —Le apretó la mano con cariño y sintió como unas cosquillas de placer recorrían su estómago.

—Uhm, me encanta tu sabor. Mezcla de vainilla con un toque de... cómo explicarlo... es algo parecido al sabor del chocolate blanco, pero no tan dulce.

—¡Eso nunca me lo habías dicho! —exclamó Jane sorprendida—. Sólo sueles comentar lo que te provoca sensaciones desagradables —forzó una mueca que en menos de un segundo se había transformado en una sonrisa de oreja a oreja.

—Pues también las hay placenteras, aunque es cierto que en menor medida y tú eres una de ellas. Me encanta sentirte.

Serena era sinéstata, o sinestésica como algunos llamaban a las personas con este tipo de disfunción sensorial en la que el individuo percibe las sensaciones de los distintos sentidos interfiriendo unas con otras. Ella podía captar sensaciones gustativas con el tacto y con determinados sentimientos.

También era capaz de percibir distintos colores en las grafías como letras y números y con los estados de ánimo o emociones. Desde pequeña se había sentido como un bicho raro. Tuvo muchos problemas a la hora de aprender a leer, ya que los distintos colores que veía en cada una de las letras le distraían impidiéndole concentrarse en la comprensión del texto. Los niños comenzaron a burlarse de ella cuando, un día en que la profesora les explicaba los sentidos, Serena intentó describirles a qué sabía cada cosa que tocaba. Desde entonces, se encerró en sí misma y se negó a compartir con nadie más sus experiencias.

A Jane se lo contó enseguida. Estaba segura de que lo entendería sin suponer un obstáculo en su relación y así fue. Incluso, bromeaban con ello continuamente restándole importancia.

Aunque mucha gente con esa disfunción también podía oler las formas o ver los sonidos en colores, ella no. Su oído y su olfato funcionaban correctamente, sin cruces de cables como solía decir.

Lo que no le había contado a Jane, era el color que veía cuando la miraba. Un color que muy pocas veces había podido experimentar antes de conocerla. Era el color del amor. Cercano al rojo, pero con distintas tonalidades más claras o más oscuras dependiendo de la intensidad y el momento. Tampoco, hasta ese momento, le había hablado de su sabor, del dulce de la vainilla que percibía al rozar su piel. Estaba enamorada de ella prácticamente desde el día en que la conoció, pero sabía que su amor nunca podría ser correspondido y lo respetaba. Ser su mejor amiga ya era un premio que no tenía precio y no estaba dispuesta a echarlo todo a perder bajo ningún concepto.

—Pero ¿cómo estás? Cuéntame. ¿Cómo fue el cumpleaños de Ashley?

—¡Genial! Mira...—Sacó el móvil para mostrarle las fotos que había tomado aquel día—. Era la princesa más bonita de todas las hadas. Nos acordamos mucho de ti.

—Yo también me acordé, pero estaba claro que era mejor que no fuese. Además, me ponía enferma de sólo pensar que podía encontrarme con el animal de tu marido. Ese asno, troglodita, cuadrúpedo...

La camarera la interrumpió al servirles un par de té con unas galletitas de chocolate y nata que no podían faltar cada vez que iban a esa cafetería. Debía ser nueva porque no la habían visto otras veces y era bastante guapa.

—Oh, muchas gracias. —Serena sonrió seductora.

—De nada señor, aquí tiene. —Colocó en la mesa el pedido y se ruborizó ante la mirada atrevida que Serena le dedicaba—. Espero que les gusten, son la especialidad de la casa —añadió nerviosa.

Serena la siguió con la mirada observándola caminar hacia la barra.

—Uff —resopló.

—Esa mirada nunca te falla, ¿eh? —bromeó Jane.

—Lo malo es que sólo funciona mientras piensan que soy un tío —sonrió con ganas mostrando los dientes. Estaba acostumbrada a ese tipo de malentendidos. Su porte alto y delgado, su cabello rubio muy corto y la indumentaria masculina que utilizaba se prestaban a esas equivocaciones. Incluso Jane la había confundido con un hombre el día que se conocieron. Ambas rieron al recordar aquel encuentro años atrás.

—Bueno, volviendo al impresentable de tu marido.

—Serena, por favor...

—Es que, eso es exactamente lo que es, aunque parezca una persona educada y totalmente distinta.

—Las apariencias engañan, sería todo mucho más fácil si cada persona llevase escrito en la frente si es de confianza o no.

—¿Has oído hablar de la frenología? —preguntó Serena.

—No. ¿Qué es eso?

—Es una antigua teoría. Se creía que el carácter y la personalidad de un individuo lo determinaba el tamaño o la forma de su cráneo.

—Vaya, qué curioso —se sorprendió Jane.

—Llegó a arrestarse a inocentes porque, supuestamente, tenían un perfil físico de asesino. Y por otra parte les vino de perlas para justificar científicamente el racismo.

—Pues tampoco hubiese servido de mucho en este caso, Jason es bastante atractivo —discrepó Jane.

—Sólo es un disfraz que oculta lo podrido que está por dentro.

—Si lo miras así... Pero ¡qué locuras ha sido capaz de hacer el ser humano a lo largo de la historia!

—Sí, aunque aquello fue una locura, muchas personas siguieron esta teoría, incluso famosos como Francisco de Goya. Donó su cráneo en vida para su estudio cuando falleciese —continuó explicando Serena.

—Seguro que eso es un mito —opinó Jane.

—Pues no está tan claro porque parece ser que, años después, inhumaron sus restos y el cráneo no estaba...

—Nunca dejas de sorprenderme, eres un libro abierto. Me encanta conversar contigo y escuchar tus anécdotas — reconoció Jane.

—Para mí es un placer compartir el tiempo contigo. Y discúlpame si me altero hablando de Jason, es que no soporto cómo te trata. Os está arruinando la vida a ti y a Ashley. Déjame que me desahogue al menos diciendo lo que pienso de él. ¿Te ha vuelto a tocar?

—Bueno... —El gesto de Jane habló por ella.

—¡Lo sabía! ¡Hijo de puta! ¡Lo mataría con mis propias manos! —Todo lo que abarcaba su campo visual acababa de volverse de un macilento tono amarillo. Dio un puñetazo en la mesa que llamó la atención de los demás clientes de la cafetería y rápidamente bebió un trago de té para intentar mitigar el desagradable sabor amargo que le provocaba la ira.

—Cálmate Serena, por favor...

—Pero ¿cómo puedes pedirme que me calme? Hace tiempo que deberías haberle denunciado. No está en sus cabales, Jane. ¿Qué te ha hecho esta vez?

—El día del cumpleaños me entretuve demasiado hablando con nuestros vecinos, él se presentó antes de tiempo y cuando llegó aún no me había dado tiempo a recogerlo todo...

—¡No me puedo creer lo que estás diciendo! No fue culpa tuya. Nada que tú puedas hacer justifica el maltrato ¿Me escuchas? ¡Nada!

—Es que, estaba tan contenta por lo bien que había salido todo y lo feliz que veía a Ashley, que me arriesgué demasiado.

—Que te entre de una vez en esa cabezota. Tú no eres la culpable. El único culpable es él.

—Lo sé. Y por eso no debería darle ninguna excusa para que se enfade.

—No necesita excusas Jane. Cualquier tontería puede ser un buen pretexto para él. ¿Qué te hizo?

—Me dio una bofetada. Se enfadó porque todo el mundo había felicitado a Ashley antes que él y me echó en cara que hiciera una fiesta mientras su madre estaba en el hospital. Cuando le dije que precisamente habíamos estado con ella esa misma mañana, explotó.

—Claro, en el fondo sabe que es un mal padre y eso le jode. Y no solo eso, también es un mal hijo. Me apuesto lo que quieras a que ni siquiera ha ido a visitar a su madre al hospital.

—No ha ido. Theresa me dijo que era porque no podía soportar verla así.

—¡Ja!, El pobrecito... ¡y una mierda! Es un sádico y un cobarde.

—Al menos esta vez no había bebido —dijo Jane.

—Por supuesto, por eso no llevas ninguna marca —observó Serena con ironía—. Y seguro que después acudió a ti, llorando como un perro apaleado para suplicar tu perdón.

—Sí —respondió, agachando la cabeza.

—Está jugando con tus sentimientos. —Le levantó de nuevo el rostro para que la mirase a los ojos—. Primero te agrade y después hace que sientas lástima. Incluso es capaz de hacerte sentir culpable.

—Cuando me pide perdón le creo. Realmente pienso que sufre de verdad y que está arrepentido. No puede estar fingiendo. Noto su dolor.

—¡Es el colmo! Llega a conseguir que te centres más en su dolor que en el tuyo propio. ¿Y por quién crees que sufre? ¿Por ti? No le importáis un carajo. No sabe lo que tiene y solo se dará cuenta cuando lo pierda.

—Yo creo que sí que lo sabe. Es muy inteligente. Lo que pasa es que piensa que no lo va a perder nunca.

—Deberías denunciarle. Vete, séparate y llévate a Ashley lejos de él.

—¿Y de verdad crees que nos dejaría marchar tan fácilmente? No puedo pasarme la vida huyendo, no con la niña.

—Eres demasiado buena, ese es tu problema —la interrumpió Serena—. ¿Qué tiene que pasar para que te decidas? Algún día se le irá la mano y te matará. Me enteraré por las noticias de que mi mejor amiga está muerta. ¿Y aún no ha pegado a la niña?

—¡No! A ella no. Aunque a veces la trata con desprecio o simplemente la ignora, nunca le ha puesto la mano encima.

—Ten por seguro que más tarde o más temprano lo hará. Y cruza los dedos para que sólo sea eso lo que le haga.

—¿Qué quieres decir? —inquirió Jane con la angustia reflejada en el rostro.

—A ti te ha violado más de una vez, ¿no? Después de molerte a palos el muy cabrón no tiene suficiente y...

—Por favor, Serena. No continúes. —Las lágrimas comenzaron a recorrer sus mejillas—. Eso no, no podría soportarlo —sollozó.

Serena se levantó y se sentó a su lado consolándola con un fuerte abrazo. Sabía que se había excedido, pero tenía que hacerle entrar en razón antes de que fuera demasiado tarde.

—Lo siento. Lo siento mucho. Tengo la delicadeza en el culo, ya lo sabes. Perdóname, por favor. —Le enjugó las lágrimas con sus pulgares percibiendo al instante, un sabor salado entre los labios—. Jane, escúchame. Pase lo que pase, sabes que yo siempre estaré ahí. Prometo que te ayudaré a salir de ésta como sea. —Besó su frente con ternura—. No llores,



por favor. Me partes el corazón y te aseguro que eres la única persona que puede conseguirlo —aseguró con el ceño fruncido por la preocupación.

—Gracias por estar ahí. Aunque me duela, necesito hablar de esto de vez en cuando para enfrentarme a mis propios demonios y darme cuenta de la gravedad del asunto. ¡Es tan fácil hablar contigo!

—Por ti lo que haga falta, ya lo sabes. ¿Quieres otro té? Sirven unas magdalenas de fresa que son un pecado. Vamos a ahogar las penas y a aliviar el alma con azúcar. —Llamó a la camarera de nuevo—. ¡Por favor! Dos magdalenas de esas que tienen tan buena pinta, un té con canela y otro de frutas del bosque.

—Enseguida. —La chica le sonrió, mostrándole una preciosa hilera de dientes blancos.

—Serena —interrumpió Jane cuando la chica se retiró.

—Soy toda tuya. Dime. —Volvió a enfocar toda su atención en su amiga.

—Ha pasado algo. Quería contarte...

—¿Qué ha pasado? No me asustes.

—El día del cumpleaños de Ashley, recibí una llamada de la policía estatal de Idaho.

—¿Y? —Se acercó un poco más a ella expectante.

—Era de la brigada criminal. Han encontrado el cadáver de mi padre. Fue asesinado más o menos cuando desapareció.

—¡Dios mío! —Se tapó la boca con la palma de la mano—. ¿Qué, qué le pasó?

—No me han podido dar muchos detalles. Acaban de reabrir el caso. Parece ser que murió de un fuerte golpe en la cabeza —explicó Jane.

—¡Joder! Te lo dije. No te abandonó. Él te amaba. Seguro que pensaba volver, pero alguien se lo impidió.

—Pero ¿quién? Era una buena persona...

—Quizá encontró a tu madre o descubrió algo que no debía sobre su paradero. Si finalmente ella hubiese huido con un hombre y años después apareciera tu padre para reclamar su amor, no creo que a ese hombre le hiciera mucha gracia.

—No es descabellado del todo...

—De todas formas, sigue habiendo algo que no encaja. No tiene sentido que tu madre os abandonase así —observó Serena.

—Puede que ella también esté muerta desde el principio. ¿Y si a ambos los mató la misma persona?

—Te olvidas de tu hermano. Por aquél entonces ya era un hombre hecho y derecho. ¿Cuántos años tenía cuando se fue?

—Veintidós.

—Es mucha casualidad que se marchara de casa justo un poco antes que tu padre. Además, tuvieron una pelea, ¿no? Y desde entonces, él tampoco ha vuelto a dar señales de vida...

—No, no he vuelto a saber nada de él. Es posible que ahora la policía pueda localizarlo.

—Probablemente tengan que tomarte declaración.

—Sí, tendré que ir un par de días. Además, cuando todo esto se aclare un poco, podré enterrar a mi padre para que sus restos por fin descansen. Me vendrá bien para hacer las paces con él y definitivamente extraer esa espinita que llevo clavada desde niña. Voy a intentar resolver por mi cuenta todo este rompecabezas. No sé, preguntaré a la gente, investigaré y buscaré entre sus pertenencias que aún deben estar en el desván de la abuela. La verdad es que nunca lo hice, supongo que no llegué a reunir los ánimos suficientes para ello.

—Te acompañaría de buen gusto, pero no quiero crearte problemas con Jason.

—Tranquila, es algo a lo que tengo que enfrentarme yo sola. —Le sujetó la mano cariñosamente—. Pero ¿te has dado cuenta de que en todo este rato que llevamos charlando solo hemos hablado de mí y de mis problemas?

—Es que, mi vida es demasiado aburrida como para perder el tiempo contándotela.

—De eso nada. No me has dicho cómo te fue al final con esa morenaza —continuó Jane, sonriendo mientras le guiñaba un ojo, picarona.

—Bueno, digamos que fue el típico ejemplo de que no es oro todo lo que reluce. Estaba como un tren y me ponía a cien su manera de contonearse al caminar, pero debo estar haciéndome vieja. El sexo ya no ocupa el cien por cien de mi cerebro, ¿sabes?

—No, probablemente ahora lo haga en un... ¿noventa y nueve por cien?

Le encantaba bromear con Serena. Nunca se ofendía por nada. No ocultaba sus defectos, sino que se reía de ellos de tal forma que dejaban de serlo. Podía abrirle su corazón sin tapujos porque ella siempre le ofrecía comprensión y cariño sin condiciones, sin esperar nada a cambio. Quería a esa mujer, por sus defectos y sus virtudes. Por su coraje al enfrentarse a un mundo en el que no acababa de encajar. Por el gran corazón que ocultaba detrás de su ruda coraza. Una coraza que se volvía suave y delicada cuando sabías cómo manejarla. Nunca le importó guardar las apariencias. Era ella misma en todo momento, no necesitaba agradar a nadie. Sincera, grosera, fuerte y frágil al mismo tiempo. Simpática con los suyos, pero distante y poco cordial con los que no se ganaban su respeto. Dinámica, intensa y tenaz. Así era ella y por eso la amaba tanto. A menudo le recordaba a Sherry, su amiga de la infancia.

—¡Qué bien me conoces! —aseguró Serena, interrumpiendo los pensamientos de su amiga—. No, en serio. Durante la cena, estuve a punto de levantarme un par de veces y no volver. Es la persona más egocéntrica y narcisista que he conocido jamás. Sólo hablaba de sí misma y cada vez que yo sacaba un tema de conversación, lo enredaba en segundos para que girase en torno a ella. Es tan guapa como insoportable. Así que, cuando acabé el café, le dije que me marchaba porque con el monólogo tan insustancial y anodino que había tenido que soportar durante más de una hora, tenía la cabeza como un timbal. Me levanté, me fui y allí la dejé con la boca abierta. No la he vuelto a ver... ¡Por suerte!

—¡Qué animal puedes llegar a ser cuando te lo propones! A veces deberías ser un poco más delicada...

—¡Pero si aguanté hasta el café! Porque en el primer plato ya tenía ganas de irme —replicó Serena.

—Como sigas forjándote esa fama, te va a costar encontrar pareja —opinó Jane sonriendo—. Pero debo decirte que te envidio. Eres genial.

—No era para mí. Ya habrá otras, no te preocupes. —Miró de reojo a la camarera que enseguida le sonrió activando su deseo y dejándole un toque de fresa ácida en el paladar.

Jane condujo de camino a casa con las pilas cargadas. Era el efecto que su amiga producía en ella. Le proporcionaba una inyección de energía cuando más lo necesitaba. Volvía reforzada y dispuesta a afrontar cualquier contratiempo, a caer y volverse a poner en pie, a no doblegarse ante nadie. Ella también era fuerte, aunque, al contrario que su amiga, sin coraza que la protegiera.

*«Que el amor nunca espere algo a cambio,  
y que en tu reinado no rija el dolor.  
Porque dar consuelo conforta a diario,  
y para el destino no hay domador».*



## CAPÍTULO 4

---

1 ...

He estado aquí antes, en la lluvia torrencial.  
Con el mundo dando vueltas alrededor de mi cabeza.  
Supongo que siempre pensé que podrías poner fin a  
este reinado.

Pero es mi destino ser el rey del dolor.

Rey del dolor.

Rey del dolor.

...